



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



IPAZUD

Instituto para la Pedagogía,
la Paz y el Conflicto Urbano.
Universidad Distrital
Francisco José de Caldas

“La historia es una disciplina muy afortunada, nos ponemos mejor a medida que envejecemos”

Conversatorio realizado en el marco del Encuentro de Historia Urbana 2014 -Asuntos de Historia Urbana de la Ciudad Latinoamericana

Facultad de Artes

Universidad Nacional de Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2014.2.a12>



Ciudad Paz-ando Bogotá, Julio - Diciembre de 2014, Vol. 7, num. 2, págs. 216-236

216

Durante el mes de noviembre del año 2014, la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, organizó el I Encuentro Internacional sobre Historia Urbana, el cual se extendió por tres días y en el que académicos e investigadores pudieron intercambiar ideas y puntos de vista sobre problemas y oportunidades presentes en este campo del saber. La sesión final se configuró como un escenario abierto de debate y de intercambio directo de ideas, con el fin de complementar temas abordados a lo largo del encuentro o sugerir la discusión de tópicos hasta ahora no considerados.

Los participantes de este encuentro final titulado Asuntos de Historia Urbana de la Ciudad Latinoamericana eran Marixa Lasso

docente e investigadora de la Universidad Nacional de Colombia, Constanza Castro investigadora y candidata a Doctor en Historia de la Universidad de Columbia de New York; así como Arturo Almandoz investigador de la Pontificia Universidad Católica de Chile y de la Universidad Central de Venezuela y el profesor Adrián Gorelik investigador de la Universidad Nacional de Quilmes y del Conicet en Argentina. Germán Mejía Pavony decano de la facultad de ciencias sociales de la Pontificia Universidad Javeriana actuó como moderador de este espacio en el cual se plantearon algunos de los más vivos desafíos de la historia urbana en América Latina y las oportunidades y avances que se han dado al respecto.

Germán Mejía: Buenos días. Quisiera agradecer a todos su presencia aquí. Algo interesante de esta sesión es que ya hemos escuchado las conferencias, ya hemos charlado sobre una cantidad de temas, han sido jornadas muy provechosas. La idea de esta sesión es sobre todo conversar, que nos desordenemos, interrumpamos, preguntemos por lo que nos interesa, de esta forma creo que puede ser un encuentro más productivo.

Lanzo entonces una pregunta para comenzar por algún lado. Hay un tema que ha estado por ahí rondando durante estos dos días de reuniones y conferencias y me gustaría saber lo que opinan sobre ello, esto es ¿es historia urbana o historia de ciudad? Hay una frase que tal vez dijo aquí Françoise Choay al respecto, afirmando que ya no hay historia de ciudad sino historia urbana; sé que estoy interpretando algo que ella dijo pero que va en el mismo sentido de mi preocupación. Hacia el futuro lo que se prevé es lo urbano o la ciudad ¿qué hay detrás de esta discusión? ¿Es pertinente? Sé que Arturo en uno de sus textos ha abordado algo sobre esa relación. La ciudad y lo urbano ¿son sinónimos o no? ¿Funcionan de la misma manera? Entonces comienzo dándole la palabra a Arturo.

Arturo Almandoz: Quisiera mencionar que quien más ha hecho uso de esa distinción es Lefebvre y su planteamiento tiene que ver con el vencimiento, por decirlo de ese modo, del concepto de ciudad, lo cual tiene implicaciones para nosotros en la historiografía urbana. En un contexto de urbanización generalizada del territorio, el concepto de ciudad no tiene mayor validez –dice él- y necesitamos reivindicar los atributos de lo urbano que realmente permitan una fijación de los nodos, de lo que es realmente esencial. Y ahí entra el tema de la centralidad, de la simultaneidad, en tanto

atributo de lo urbano presentes en ese proceso de disgregación de la ciudad en un contexto de posindustrialización. Una característica que podría decirse actualmente se ha profundizado con los cambios en la conectividad que internet ha introducido. Es decir, presenciemos esa disgregación de la ciudad como fábrica, como tejido, sobre todo es su contigüidad, y se necesita precisar conceptualmente qué de ese proceso es esencialmente urbano. La centralidad implica la heterogeneidad, implica la existencia de actividades que se cruzan en un nodo de ese espacio heterotópico y que tienen una cierta simultaneidad.

Dicho esto, a propósito de la distinción entre la ciudad y lo urbano en Lefebvre y desde una perspectiva historiográfica, en relación con lo que plantea Germán entre historia urbana e historia de la ciudad, a mí me gusta la idea de historia urbana por las implicaciones que tiene. Tal como yo lo entiendo, esta perspectiva engloba el proceso de cambio social, de cambio de valores, es decir, aborda una dimensión cultural de lo urbano y de la urbanización, que muchas veces se deja de lado cuando se hace historia de ciudad, muy en el sentido de lo que señalé en otro lugar en la que argumentaba que tal discusión está en los orígenes mismos desde los años sesenta a propósito de la controversia entre *urban history* y la *city history*. Existe un riesgo, y ocurre en muchos trabajos de arquitectos que quieren ver la ciudad solamente en la forma construida, mientras que cuando se hace historia urbana en un sentido más amplio, se puede entender que aunque el tejido urbano no cambia hay transformaciones no necesariamente materializadas, pero no por esto dejan de ser urbanas.

Me gustaría poner un ejemplo concreto. En mi tesis doctoral sobre urbanismo europeo en Caracas, uno de los problemas que yo tenía



era que la ciudad en las reformas de Guzmán Blanco en la segunda mitad del siglo XIX no presentaba una cirugía urbana significativa, un cambio urbano significativo como el que había tenido una ciudad como Buenos Aires o inclusive como el que ya tenía Bogotá en los años veinte. Caracas era un embrión que no había traspasado el centro urbano, hubo un momento en que sentí que estaba haciendo una historia sobre unos cambios urbanos en un ciclo de transformación europea que no podían materializarse, pronto entendí que no era cuestión de que se materializara en la gran avenida, o en un cambio de zonificación o de ordenanza que implicara una nueva tipología urbana como ya estaba ocurriendo en Buenos Aires, en Santiago, etc., sino que era un cambio básicamente cultural, cambios que cuando se hace historia de ciudad muy apegada a la estructura urbana, a lo físico espacial, se pueden escapar. Ello está emparentado con lo que Choay denomina la aparición del ojo público, es decir tomar conciencia de la importancia de ciudad aun cuando esa ciudad no esté experimentando ese cambio en la gran fábrica urbana, muy útil en contextos en los que la materialización de ese cambio es un proceso mucho más demorado, mucho más lento.

Adrián Gorelik: Yo debo reconocer que no veo mucho sentido de establecer una diferenciación teórica entre los términos en lo que hace a nuestro propio trabajo como historiadores culturales de la ciudad moderna. En principio, de acuerdo a su uso tradicional, el término ciudad está mucho más cerca de ciudadanía, de la vida social, de lo cultural; lo urbano siempre me pareció un término más técnico, más vinculado al contrario a la fábrica material de la ciudad, mientras que la etimología de la palabra ciudad se vincula con el ciudadano y con la ciudadanía, por ende tiene

más que ver con una dimensión social, política y cultural. Yo tengo que reconocer que uso los dos términos indistintamente, hablo tanto de historia cultural urbana, como de historia cultural de la ciudad. A menos que nos pongamos hacer un trabajo filológico como el que hizo Massimo Cassari en un libro lindísimo llamado *La Città*, en el que analiza los conceptos de ciudad, ciudadanía, etc., y su significado disímil en Grecia y en Roma; a menos que se quisiera hacer un trabajo de esas características, me parece que no es necesaria la distinción cuando abordamos las ciudades modernas, yo no establecería un punto programático defendiendo la necesidad de hablar de “historia de la ciudad” en lugar de “historia urbana” o viceversa, más importante que eso son los enfoques con los que se investiga.

Desde el punto de vista cultural, decimos “ciudad análoga” y no “urbe análoga”, y en ese sentido ciudad es un término que nos vincula con toda una serie de tradiciones de pensamiento, mucho más próxima a los usos culturales realmente existentes. Por lo tanto, cuando se piensa en todas las dimensiones que se cruzan en la ciudad, lo urbano es una de ellas. Cuando Jorge Luis Borges escribe sobre Buenos Aires está escribiendo sobre la ciudad que él camina y que él recorre, no sobre lo urbano que es un término que proviene de otro lado, tal vez de un universo más pequeño de especialistas. Por eso me parece que la ciudad es un término más universal, mientras que lo urbano es más especializado. En todo caso una de las preocupaciones de una historia cultural urbana, de una historia cultural de la ciudad es justamente vincular la dimensión de las representaciones, de la cultura, de la política, con la dimensión material urbana.

El trabajo que al menos yo me propongo es justamente encontrar un marco teórico y narrativo en el que pueda poner junto todo

ese tipo de cosas que la ciudad produce aparentemente por separado pero que le dan sentido unitario y ese marco lo proporciona más la ciudad que lo urbano. Lo urbano es un componente, desde mi punto de vista. El libro de Romero se titula "Las ciudades y las ideas", supongo yo porque "la ciudad" comunica muchas más dimensiones dentro de las cuales lo urbano es una de ellas.

A.A.: Solo para mencionar, en ese ejercicio etimológico habría que rescatar la reflexión de Lefebvre en la que aborda la distinción que proviene de los romanos entre *Urbs* y *Civitas* y *Urbs* y *polis*. La *Urbs* tiene todo ese valor de ejercer una influencia, de lo comercial, del intercambio más allá del significado político que tenga. Entonces ciertamente está en esa noción Lefebvrina como algo diferenciado y por lo mismo más dinámico.

A.G.: En fin, si uno busca en la literatura, en general los que hablamos de urbano somos los especialistas, la cultura habla de la ciudad, las personas viven en ciudades. Para nosotros que estudiamos ciudades modernas y que nos las tenemos que ver con los vocabularios, con los léxicos familiares y de la cultura, que tenemos que dar cuenta del entorno material en el que viven las personas, el uso puede ser indistinto.

Constanza Castro: Estoy de acuerdo con la idea de que lo importante es el tipo de investigación que se hace, los problemas que se abordan y el modo cómo se abordan. En general eso es más importante que la categorización que se le da a lo que uno hace, cuando se hace investigación sobre ciudades o investigación urbana. Conuerdo en que quienes trabajamos en este campo usamos indistintamente los términos, y la reflexión so-

bre una u otra manera de denominar el objeto de estudio termina siendo una discusión muy marginal. Insisto en que lo importante es el trabajo que uno hace y el proceso a través del cual lo hace. Los historiadores, por ejemplo, normalmente decimos historia urbana, quizá sin reflexionar mucho, pero es el término que para nosotros abarca esos fenómenos que también son culturales, sociales, políticos, y no solamente los espaciales y materiales. Reconozco que puede ser una forma muy ligera de usar el término pero se debe a la certeza que tenemos sobre que lo relevante es encuadrar la investigación, es decir, ¿qué es aquello que abarca lo urbano? Eso es lo que que importa cuando se habla sobre investigación histórica en estos las ciudades-urbs y seguramente son intercambiables.

Marixa Lasso: Estoy de acuerdo con todos en que los dos términos pueden usarse indistintamente, lo interesante de la discusión es la manera como puede percibirse la evolución que ha tenido el tema. A menudo los intelectuales inventa un término nuevo cuando en realidad quieren cambiar la perspectiva de estudio de un fenómeno determinado, en ese punto es que encuentro interesante la discusión entre lo urbano y la ciudad. Sé que no es mi papel preguntar, pero me gustaría lanzar una cuestión para reflexionar y ella tiene que ver con el concepto de espacio, y la necesidad de estudiarlo más allá de la ciudad o lo urbano. Me gustaría que reflexionáramos sobre él y cómo el espacio refleja los cambios que ocurren en cualquier lugar. Considero que es algo que no acabamos de entender, al menos en el campo de la historia. Por ejemplo, sabemos con alguna certeza, cómo la agricultura refleja los cambios económicos pero cómo el espacio cambia a medida que va cambiando la historia económica o la historia social es algo que to-



davía estamos tratando de entender ¿Habría la oportunidad de hablar de historia del espacio como algo que trasciende la historia de lo urbano o la historia de la ciudad?

A.A.: Como decíamos en alguna de las charlas efectivamente el espacio es el referente, pero es importante que sea referente en un discurso que está espacializado. Me explico, el discurso de la historia urbana para ser urbano tiene que estar espacializado, lo que no significa que deba llegar a la *graficación*, a lo volumétrico o a lo morfológico. Pongo un ejemplo, quizás pensando en el caso medieval de Henri Pirenne que alguien comentó en una discusión previa. Él está haciendo historia urbana, está llegando a esa escala, aún cuando se sabe bien que en su trabajo no hay un análisis morfológico exhaustivo, ese tipo de análisis sí estará presente en la historiografía francesa posterior, pero el trabajo de Pirennes no deja de ser menos historia urbana por no centrarse en un examen morfológico.

G.M.: Me gustaría lanzar otra pregunta relacionada con un problema de escala. Cuando uno hace historia de ciudad, el singular es el que predomina, aparece entonces la historia de Bogotá, de Buenos Aires, de Sao Paulo. Cuando se estudia lo común entonces el camino a seguir es la comparación de ciudades singulares. ¿Es posible encontrar un camino alternativo? en otras palabras ¿Hay una historia de la ciudad Latinoamericana? Qué tan difícil es cambiar el esquema de la historia de la ciudad Latinoamericana presentado como: capítulo 1, Sao Paulo; capítulo 2, Buenos Aires; capítulo 3, México D.F., a un esquema del siguiente tenor: capítulo 1, la ciudad y el Estado; capítulo 2, la construcción del espacio; capítulo 3, el espacio público. Desde mi punto de vista es ahí donde se nos vuelve

interesante el asunto, cuando la historia de la ciudad empieza a ser utilizada como referente de otros enfoques.

A.G.: Es un tema fascinante para los que tratamos de exceder el marco de la propia ciudad que ha sido nuestro objeto de estudio e intentamos proyectar cierta mirada sobre América Latina o sobre regiones. Personalmente, creo que la ciudad latinoamericana como tal no existe; puede encontrarse como representación que funciona y es productiva –académicamente hablando– en ciertas épocas. Claramente, entre los años cincuenta y los años setenta del siglo XX se produjo una red de estudios urbanos, que incluyó una historiografía que pensaba en términos de la “ciudad latinoamericana”, y fue parcialmente posible justamente por ese marco que permitía que algunos indicadores fueran comparados. Pero al releer esa historiografía se cae en la cuenta de que lo que dicen sobre la “ciudad latinoamericana” es tan bueno para todas como útil para ninguna en particular, es en cierto modo intrascendente.

A partir de los años 1980, en cambio, comienza un capítulo muy diferenciado de la historia de la ciudad en América Latina, que ya no busca la generalización y la comparación, sino que es fundamentalmente monográfico. El pensamiento sobre la ciudad a partir de ese momento da una discusión implícita con la historiografía anterior, porque las investigaciones no consiguen que sus análisis quepan dentro de ninguna de esa categorización creadas en el periodo anterior debido a que los indicadores eran muy estrictos, muy limitados y muy rígidos. Se constató entonces que el proceso de urbanización, expansión, cambio demográfico, etc., que permitía poner Buenos Aires, Sao Paulo, Lima en la misma línea, estaba agotado.

La conclusión era que no se podía extender la producción cultural de Sao Paulo en los años veinte y treinta así no más por toda América Latina para pensar en que eso es un fenómeno latinoamericano, se evidenció que el ejercicio era muchísimo más complicado.

Pensemos en por qué José Luis Romero puede escribir *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*: en primer lugar porque tiene un talento narrativo enorme y en segunda instancia porque consigue construir casi sin que se note algunas categorías que le permiten armar una visión panorámica tan ambiciosa. Pero por otro lado, es igualmente cierto que era muy poco lo que se sabía de cada ciudad, había muy poco conocimiento real sobre cada una de ellas y eso hacía que él no tuviera que confrontar y tratar de dar cuenta de situaciones y problemas que no estuvieran bajo las categorías creadas. Hoy sería muy difícil –sino imposible– escribir *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, primero porque no tenemos el talento narrativo de Romero y en segundo lugar, porque sabemos mucho más de cada ciudad de lo que él sabía.

Existe un proyecto en construcción, al que hemos llamado en homenaje a Richard Morse, "Arenas Culturales". Se trata básicamente de establecer puntos de diálogo entre la historia cultural de diferentes ciudades, que me parece es el gran desafío actual. La historia comparada tal cual se entendía en los años setenta resulta difícil realizarla porque no tenemos la confianza en los paradigmas "científicos" (sociológicos, culturales, políticos) que estaba detrás de esa comparación. Se debe por tanto comenzar por lo que no está hecho todavía y es ese el territorio fértil para una historia latinoamericana de las ciudades. Prácticamente no están construidas historias regionales de los contactos específicos que había entre las ciudades, ya

no de una comparación teórica y abstracta en que el investigador le pone a las ciudades una grilla de variables e intenta ver cómo funciona en cada una, sino de una historia que busca desentrañar cómo nuestras ciudades tuvieron momentos y episodios de enorme contacto en el que se miraron unas a otras, en el que tomaron cosas unas de otras, en el que viajaban figuras de unas a otras y se reflexionaba sobre ellas. Para poner un solo ejemplo, no está hecha la historia de las representaciones urbanas de los exiliados argentinos en Santiago de Chile del siglo XIX. Y como esto, tenemos una cantidad enorme de cruces culturales, de contactos, de diálogos, de interrelaciones, de transferencias que no están reveladas, ni historiadadas, que no están construidas como objeto de interés. Me parece que ahí la perspectiva cultural en la historia urbana está permitiendo entender estas nuevas posibilidades e identificar estos objetos de estudio que hasta ahora no habían sido tema de preocupación.

Es un paso que ahora podemos dar, es casi imprescindible darlo, pues nos preguntamos ¿cómo esto no se hizo antes? Cuando esa pregunta se hace quiere decir que el campo ya está maduro para encarar esas investigaciones. No es fácil determinar si más adelante vamos a poder hacer una historia urbana latinoamericana porque no es fácil saber qué vamos a pensar de América Latina dentro de 20 años. Hay épocas en que América Latina aparece como un horizonte cierto, dinámico, productivo para el pensamiento de los historiadores y de los intelectuales; en contraste, hay periodos en que estamos más replegados sobre experiencias regionales o locales o nacionales. Este es un momento en el que desde el punto de vista del conocimiento de las ciudades ha habido suficiente producción



monográfica que permite sugerir que hubo otro tipo de contactos y otro tipo de relaciones entre las ciudades que todavía no se han estudiado. Una “ciudad latinoamericana”, por lo tanto, solo existe como representación cultural, que en ciertos periodos funcionó y fue productiva –y es esa representación lo que se puede estudiar-, pero no puede ser la base para pensar una historia urbana homogénea del continente, ya que la historia urbana debería ser capaz de introducir las singularidades que hacen de cada ciudad latinoamericana mundos tan diferentes. Así como tampoco podría haber una historia de la “ciudad europea”, pero ese ya es otro tema.

M.L.: A mí esta me parece una pregunta importante porque le incumbe no solamente a la historia urbana sino al campo de la historia en general. Sin duda, podemos hablar de historia de América Latina, podemos hablar de historia del mundo, pero además tenemos que hacerlo porque si no lo hacemos nosotros, lo hace otra gente. Aun está presente la necesidad de entender fenómenos particulares en el que se resaltan las diferencias, y ello es muy importante para no inventarse cosas. Pero al mismo tiempo es necesario el otro ejercicio, que no es historia comparada porque concuerdo en que ese enfoque ya no funciona; pero existen otras alternativas como por ejemplo la historia transnacional, que brinda herramientas para entender diversas realidades, y probablemente contribuya a hacer una historia de América Latina y una historia de la ciudad latinoamericana.

No podemos quedarnos pensando sólo en las diferencias, que hay muchísimas, porque si uno pone el énfasis en eso puede encontrar diferencias irreconciliables hasta entre Tunja y el pueblito de al lado. Si uno se pregunta ¿qué

es lo que pasa en el siglo XIX con las reformas liberales que ocurren en todas partes? O ¿Qué ocurre con la llamada Alianza para el Progreso? ¿Qué ocurre en los años 40, 50, 60? ¿Cuál es el papel de Estados Unidos durante estos años? Pues son preguntas que abren la oportunidad para hablar de historia Latinoamericana e incluso de historia de las Américas, de historia de la ciudad, etc. Desde mi punto de vista estos abordajes pueden realizarse y si no los hacemos los académicos los harán otros, tal vez sin la rigurosidad que se requiere.

C.C.: Estoy completamente de acuerdo en que es posible y además necesario hacer una historia que permita comparaciones. Efectivamente en la historiografía hay fenómenos que atraviesan esta enorme región que denominamos América Latina y éstos pueden ser tratados conjuntamente, se pueden comparar; además que dan muchas luces sobre los procesos propios. Pero por otra parte, es interesante resaltar lo que ha venido ocurriendo en la historiografía de las ciudades o urbana, ésta ha dejado esas pretensiones disciplinares de “pureza” a un lado, estableciendo una serie de conexiones, desde mi punto de vista, muy valiosas. Eso explica que haya historiadores culturales, de la medicina, de historia política, historia social, y tantos otros abordando la historia de la ciudad. Emblemático es el caso de la literatura que estableció ya hace un tiempo un diálogo muy provechoso con los estudiosos de lo urbano.

A.A.: Sobre las miradas transversales considero que es un reto, un desafío que tenemos que asumir. La historiografía urbana latinoamericana, como también señala Adrián, está en un momento de madurez. Después de esa generación pionera de los años sesenta y setenta cuyo hito instaurador fue el libro de

José Luis Romero, le dio paso a un ciclo de estudio casuístico monográfico muy detallado, prolífico y rico en metodologías que marcó el final del siglo XX y el inicio del siglo XXI. Y eso se evidencia en la historiografía urbana latinoamericana, por ejemplo en las investigaciones sobre el periodo republicano, el cual ha sido sumamente estudiado en ciudades particulares. Ahora, estamos en un momento en el que ciertamente surge la pregunta ¿acaso no necesitamos una puesta en relación, cierta mirada de conjunto, sin caer en un en comparaciones forzadas o exageradas, sino reivindicando una mirada transversal? Mi respuesta es sí, hacen falta cruces, vectores transversales que integren la mirada.

Esos lazos, que yo llamo aquí vectores, no son tipologías. Y digo esto consciente de que hay un libro sobre las capitales de América Latina coordinado por mí, pero es un libro más bien sobre un gran episodio. Y ahora que lo menciono creo que ese puede ser un camino, es decir, plantear un ciclo o un episodio para ver ciertos procesos que importe indagar como problema de historia urbana. Se trata entonces de identificar el elemento clave que nos interesa rastrear, y a propósito de eso, ir estableciendo estas conexiones entre ciudades, que no será un modelo para definir un "tipo" de ciudad, sino para confrontar sus peculiaridades, para en una suerte de dialéctica podamos ver hasta qué punto se nos permite identificar características que sean comunes, en una malla menos rígida, creo yo, que la malla a la que hacía referencia Adrián de los años sesenta y setenta. El objetivo sería, entonces, observar cómo esas ideas claves se adaptaron, se hibridaron o trasmutaron, por supuesto teniendo en cuenta las diferencias pero sin caer en una casuística irreconciliable y en cierto modo peligrosa que impida poner nada en relación con nada, o como decía Ma-

rixa, en que no se pueda relacionar ni siquiera Tunja con el pueblo de al lado.

Adicional a esto existe una cuestión de postura historiográfica, o por lo menos de abordaje de la narrativa, es decir, debe entenderse que hay un grado de segregación del discurso que no permite trabajar todos los detalles, sino que va a haber que agregar ciertas cosas para poder llegar a una escala de resolución. Se trata de acercar la mirada tanto como para encontrar la posibilidad de hacer análisis que sean comparables, y al mismo tiempo encontrar el mejor modo de transmitir, de narrar. En esto siempre recuerdo a mi tutor en Londres: Nicholas Bullcock, quien decía que es tan importante el contenido como el *delivery*. La pregunta es ¿cómo armar el entramado para transmitir el mensaje? En este punto el texto de Romero es absolutamente significativo, pues en él encontramos una narrativa que es además ensayística, lo que nos permite abordar otra variable de discusión relacionado con la calidad literaria de estos trabajos, cuyo discurso se torna a ratos menos cientificista, menos monográfico y si más creativo. Menciono esto porque tanto la postura historiográfica como la postura narrativa –discursiva- son centrales cuando se intentan esas miradas transversales, que tienen un abordaje muy diferente a las investigaciones de estudio de caso, las cuales se ocupan más del detalle, utilizando quizá un lenguaje mucho más científico, mucho más preciso.

Pregunta del público: Quisiera que ustedes nos contaran que piensan de las fuentes y los archivos con los que se trabajan en historia urbana. Ya que lo mencionan, Romero por ejemplo recurre mucho a las obras de literatura, y es una necesidad en casos frecuentes, pues las fuentes tradicionales, como los pla-



nos, las leyes, los decretos, los planes urbanísticos en algunos casos son insuficientes. A veces tengo la sensación que las fuentes marcan la tendencia, quisiera por tanto saber su opinión al respecto, en relación con lo que ha sido su propio trabajo académico.

A.G.: sigue siendo un tema fundamental, aunque valga aclarar que las fuentes, los corpus documentales que uno arma también tienen que ver con las preguntas que se hacen. Desde mi punto de vista, ha habido una trampa en el modo en el que hasta ahora la historia urbana ha usado la literatura, pues lo ha hecho de un modo completamente descriptivo. Richard Morse en una mesa en 1956 ya lo notaba, y lanzó una crítica a aquellos estudiosos que usan la literatura para hacer historia de la ciudad, y lo que él dice es aplicable completamente a José Luis Romero, quien solo usa literatura naturalista porque le ofrece descripciones de la ciudad, y esa es una manera primaria, muy rústica de usar la literatura. El mismo Morse señalaba en esa ocasión que si los escritores viven en la ciudad y son urbanos, por más que no describan la ciudad hay una cantidad de procesos inscriptos en las obras literarias que desde el punto de vista de una historia intelectual de la ciudad, de una historia cultural de la ciudad, permitiría trascender el simple marco descriptivo.

No creo que haya que desechar las fuentes literarias, pero definitivamente la relación con las fuentes artísticas y literarias tiene que ser mucho más sofisticada de lo que suele ser. Tanto cuando abordamos las artes visuales como cuando miramos fuentes literarias tenemos que poder tener una relación no superficial, no descriptiva con ellas y si se logra cruzar ese umbral, los corpus documentales entonces cambian completamente y se pueden ampliar muchísimo. Se tratan por tanto

de dejar la dependencia de la literatura naturalista y apelar a caminos alternativos, como lo hacen tantos autores que trabajan, por ejemplo, con la obra de escritores vanguardistas que describiéndose proponen describir la ciudad y que, sin embargo, en sus propios estilos de escritura permiten encontrar esos elementos más profundos y quizá más ricos en términos analíticos para pensar la ciudad en la que vivieron.

Hay un fabuloso capítulo en el libro de Julio Ramos *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, que se llama *Decorar la ciudad*. Allí, él analiza la relación que hay entre la fragmentación de la noticia en el periódico y la fragmentación de la experiencia urbana, como estilos de percepción de la modernidad que, más que cualquier descripción de la ciudad, están mostrando el modo en que un aspecto central de la cultura y la política moderna, como el periódico, está absolutamente intrincado con la ciudad y con la experiencia de la vida urbana. Desde ese punto de vista, y con el asunto del corpus documental presente, no se puede hacer historia de la ciudad pensando que solo nos va a servir aquello que la describe. Los que hacemos historia de la ciudad somos de los pocos en el mundo académico que reunimos en un mismo trabajo un informe de un ingeniero sobre cloacas y una poesía modernista. No es muy fácil encontrar muchos trabajos de historia que se alimenten de fuentes tan diferentes, pero para poder hacerlo, tenemos que entrenarnos también en cómo abordar esas fuentes de un modo que no sea meramente referencial o meramente descriptivo.

G.M.: Un asunto que bien vale la pena retomar es si el proyecto es el que posibilita lo transversal, es decir, ¿es el proyecto el que tiene la capacidad de relacionar experiencias

que en principio pueden ser distintas? ¿es la pregunta del proyecto capaz de construir lazos? A lo que voy es que el conocimiento resulta de un proyecto; el proyecto está en la capacidad de formular una pregunta pertinente a un universo que deja hacerla y en el cual se puede responder. Uno no está buscando que la respuesta sea homogénea sino que sea una respuesta, que haya posibilidad de construirlas y de construir interpretaciones a propósito de ellas. Cómo construir el proyecto colectivo, cómo hacer fructíferos ejercicios como el de las capitales Latinoamericanas de Arturo o el de las "Arenas culturales" que ha liderado Adrián ¿cómo es la experiencia en esa construcción? Después quiero volver sobre las fuentes porque creo que allí hay un punto importante para seguir discutiendo.

A.A.: El proyecto en concreto al que te refieres de las capitales de América Latina, es un proyecto editorial que surge de investigaciones, tesis doctorales o líneas de investigaciones que se pusieron en relación a propósito de la publicación de un libro, y eso no hay que olvidarlo porque eso condiciona ciertos elementos. Fue una invitación del profesor Anthony Sutcliffe para analizar lo que denominamos un ciclo de urbanismo académico en América Latina en la segunda mitad del XIX y primera del XX. Como coordinador y como editor del proyecto estaba interesado en que algunas cuestiones mínimas se abordaran por cada uno de los colaboradores. Me interesaba el inicio del periodo poscolonial, sus reformas, no necesariamente liberales, que cambiaron el perfil de la ciudad capital como centro de una nación independiente, de esa gran aldea que cambia en medio de la construcción de lazos identitarios. Otro punto incluía la relación capitalidad – ciudad primada, es decir, el problema sobre el trán-

sito de capital colonial a capital republicana ¿fue automático? ¿se logró? ¿en qué casos y bajo qué condiciones?

Otro de los temas que aborda es la supuesta pérdida de importancia relativa de las capitales virreinales originales. México y Lima frente a núcleos como Buenos Aires y Sao Paulo. Y en el caso de Brasil en particular la rivalidad entre capitales y cómo la independencia promueve reacomodos. También me interesaba considerar las diferencias a partir del tamaño, esa es la razón por la que se incluyó una capital como San José de Costa Rica, que hubiera podido ser Panamá, con el fin de ver el proceso a una escala mucho más pequeña de la acostumbrada. Hubo interés también en el movimiento higienista y las reformas sanitarias propiciadas por él, que a mi modo de ver es fundamental en el nacimiento mismo de la disciplina urbanística y el modo como esa discusión, que en principio es médica, se traduce luego a la ingeniería, a la construcción de redes, a cambios en los reglamentos, etc. De los temas allí sugeridos estaba justamente la configuración de la disciplina, me refiero a las bases del urbanismo, de una incipiente planeación de las ciudades, buscando establecer cómo ocurrió esto en las diferentes capitales Latinoamericanas.

Todos estos temas no aparecen de igual manera en todos los capítulos, entre otras cosas porque las trayectorias de los investigadores eran diferentes. Esta la historiadora de arte que le cuesta más llegar a presentar temas como el urbanismo, pero también hay textos de arquitectos y urbanista que no ponen el acento en constructos culturales que son fundamentales. Se convirtió en una negociación que en general salió bien.

Lo que si estuvo claro desde el principio, y conecto aquí con el tema de las fuentes, era la necesidad de no circunscribirse solamente

a la cartografía, a los informes técnicos y a los instrumentos normativos, en resumen a las fuentes tradicionales del urbanismo. Sino que la invitación era ampliar el catálogo de fuentes que remitieran al imaginario, a la representación de la ciudad o a la visión de los viajeros. Este modelo de fuentes entrelazadas es una estrategia que yo mismo trabajo y creo que se emparenta a lo señalado por Adrián sobre la relación que podemos construir los historiadores entre documentos legales, con documentos urbanísticos y documentos literarios, éstos últimos trabajados con mucha cautela.

En fin, efectivamente hay un proyecto que incluso está presente en la arquitectura de la obra, esa que responde a un propósito general y que todo texto tiene. De manera que el índice no es casual, los títulos no son casuales, hay una tesis implícita y todo esto debe haberlo; claro, depende del público y de los requerimientos, pues eso construye el discurso, ya sea de un proyecto académico o como en este caso de uno editorial. En el libro sobre capitales latinoamericanas había unos lineamientos muchos más precisos si los comparo con otros proyectos en los que he trabajado con este mismo enfoque de mirada transversal, seguramente por el tipo de público y de alcance que se planteaba.

A.G.: A diferencia del esfuerzo de Arturo, el de “Arenas Culturales” no es un proyecto editorial, sino un proyecto digámosle intelectual, en el sentido de que el libro va a ser un resultado del trabajo, pero no el encargo que le dio origen. El objetivo básicamente es convocar un colectivo de debate, para aprovechar lo prolífico del pensamiento urbano actual en América Latina. Me interesaba mucho ver cómo piensan la ciudad antropólogos, sociólogos, geógrafos, que en realidad no tenían un entre-

namiento largo en historia urbana y el objetivo tiene que ver con esa doble restitución cultural de la que yo hablaba el otro día. Es decir, establecer líneas de diálogo transdisciplinares y organizar colectivos intelectuales transnacionales. Insisto, me parece que eso es un paso fundamental para poder empezar a producir colectivamente las preguntas que permitirían aflorar una historia latinoamericana.

Yo coincido con lo que decía Marixa de las ventajas de la historia transnacional, pues ofrece hoy instrumentos muy valiosos, en parte tengo esta certeza porque reconocer cuáles son esos temas más productivos, identificar la agenda que se puede ir armando tiene mucho que ver con que sea un producto colectivo más que uno individual derivado de una investigación personal. Hasta ahora ha sido extraordinariamente productivo. Porque cuando uno se reúne con un grupo de gente que ya tiene una larga experiencia, que han hecho ya tesis, que han realizado investigaciones rigurosas, cuando uno se reúne con gente que ya tiene esa tranquilidad que da la madurez empiezan a aparecer temas muy interesantes. La historia es una disciplina muy afortunada, nos ponemos mejor a medida que envejecemos, ¿no? Un matemático que a los 25 años no es candidato al premio nobel ya no tiene carrera por delante. A los historiadores, la maduración en este caso nos mejora un poco, siempre tenemos la esperanza de poder ser un poco más productivos, de poder enfocar mejor lo que pensábamos.

Desde mi punto de vista, las preguntas importantes y lo que permite construir proyectos trascendentes sale de esa conversación entre pares en un ámbito transnacional y motivados por el impulso que dan este tipo de proyectos. Por lo tanto, el proyecto es justamente la construcción de los escalones que van a permitir pasar de esa historia monográfica a

visiones más amplias. ¿Cuáles van a ser esas visiones? Todavía no lo sabemos. La apuesta es que esa historia transnacional es indudablemente una de las líneas y eso que se comentaba sobre las ideas de ciudad en su relación Estados Unidos-América Latina, etc., tiene que ver muy fuertemente con ese debate. En resumidas cuentas, el proyecto en realidad es la infraestructura de las preguntas que pueden aparecer y no es la posibilidad de reunir gente para que ya respondan una serie de preguntas preexistentes. Puedo decir que con este tipo de proyectos, con este tipo de seminarios, con la construcción de redes de interlocución intensas es como vamos a afrontar y finalmente responder, aunque no sepamos que lo estamos haciendo, nuestro lugar en la construcción de esta tradición histórica de América Latina. ¿Dejaremos más que monografías? Bueno, está por verse.

M.L.: A propósito me gustaría decir algo sobre las monografías y los trabajos que resumen. Es obvio que hay muchas maneras de escribir una monografía, pero lo que quisiera resaltar aquí es que en ocasiones se puede escribir una monografía sobre la ciudad y pensar solo en esa ciudad; pero hay un camino diferente y es pensar la posibilidad de escribir sobre una ciudad determinada pero al tiempo considerar que los postulados y tal vez las conclusiones a las que se llega sobre esa ciudad específica se relaciona con otros lugares, es decir, situar ese espacio específico sin perder de vista las conexiones y eso me parece muy importante porque entonces cuando otra persona está leyendo sobre tu ciudad, tu ciudad se vuelve no solamente importante para los que trabajan en ese lugar, sino para entender el periodo, para entender ciertas preguntas generales. A mí por ejemplo, me parece aburridísimo escribir sobre un

lugar sin pensar en las conexiones y sin plantear siquiera de manera abstracta que lo que veo puede interesarle a otra persona en otro sitio. Esa es una forma de pensar problemas que son comunes o transnacionales.

Un ejemplo que quisiera mencionar y que se relaciona con el debate sobre el manejo de la fuentes, es el agua. Cuando a Panamá llegan los norteamericanos y deciden que por motivos de sanidad ya no puede haber aguas en tinajas o agua lluvia, la práctica de las personas que venden el agua recogida del río se debe acabar. Se podría decir, bueno eso ocurrió en Panamá y acabado el asunto, pero si se mira con más cuidado hay aspectos que están presentes allí que son en realidad comunes a muchos entornos. Preguntas sobre ¿cómo es esa relación entre el ciudadano y el agua? ¿qué cambia? ¿qué ideas se imponen y quién las impone? Fijense que no son solamente los acueductos, hay toda una relación emocional con el líquido, que implica la consulta de diversas fuentes porque los informes técnicos no me lo dicen, quizá al final esos son los cambios más importantes que se dan en la ciudad. Y de nuevo, uno puede, a partir de su propio estudio preguntarse ¿qué pasó en otros lados? ¿cómo lo que pasó en otros lados afecta mi propia monografía?

C.C.: Con frecuencia en las tesis doctorales o en las monografías los investigadores se centran en un barrio, en una ciudad y tranquilamente desechan fenómenos regionales que involucran a otros países. Pero se pueden hacer preguntas más grandes. Cuando se estudian las reformas liberales, se pueden hacer comparaciones bien interesantes de lo que estaba sucediendo a mediados del siglo XIX en toda América Latina. Pero no solo eso, sino que a partir del análisis de la ciudad uno podría deducir ciertas cosas sobre cuál



es el tipo de Estado que está en formación, y preguntarse qué me dice la ciudad de estas transformaciones mucho más grandes y como puedo hacerlas comparables. Si uno hace su monografía mirando en detalle las fuentes, los datos, los informes pero haciéndose preguntas a la vez mas grandes yo creo puede haber resultados muy fructíferos.

Pregunta del público: Se ha visto una apertura muy grande de temas y disciplinas que se ocupan de la ciudad, no sólo la sociología, la antropología, la economía, sino también la ciencia política, la literatura, el arte, todas ellas incluso hablando de historia urbana. Pero me parece que se corre un riesgo y es que se diluye la materialidad de lo urbano que siempre ha trabajado el arquitecto. No sé si sea una salida pero Adrián Gorelik mencionó en su charla la idea de puente, como una forma de establecer comunicación disciplinar pero cada quien manteniendo su propia identidad, entonces el sociólogo puede seguir siendo sociólogo y nos puede enseñar acerca de las metodologías desde la sociología para hacer lecturas de la ciudad desde esa disciplina, pero el arquitecto sigue teniendo su sensibilidad con respecto a lo material, al lenguaje y a lo representativo de la forma. Si se lograran crear esos puentes que permitieran dialogar las distintas disciplinas probablemente tendríamos un historia urbana con productos muy interesantes pero en todo caso realistas.

A.G.: Aquí se plantea un dilema clásico para la historia que de hecho usó Carlo Ginzburg como subtítulo de uno de sus libros: "morfología e historia". Por una parte, los modos de abordaje de la morfología que suelen tener que ver con cierto tipo de disciplinas y cierto tipo de estudios mas cercanos a la descripción y que toman lo material y tratan de hacer

un trabajo sobre eso, enfrentándose por otro lado a la historia, que tiene un problema de una dimensión narrativa temporal; y el resultado es que es muy difícil juntar ambas cosas. Suele ser una dificultad a la que se enfrenta el investigador permanentemente cuando está narrando algo que en realidad si lo tiene que representar lo haría como un collage dadaísta. Es la ciudad análoga de Aldo Rossi, que él dibujó en una tabla, y representaba la yuxtaposición de la ciudad real, la ciudad ideal, la ciudad ideologizada y la ciudad idealizada, cada una de esas ciudades en realidad están ahí presentes haciendo fuerza y son las que producen la realidad urbana, que no es únicamente la que se puede tocar y palpar; es también lo que se destruyó, lo que nunca se construyó, lo que se imaginó, lo que se soñó o lo que se recordó equivocadamente.

Hay otro autor italiano, Alessandro Portelli, que escribe la "biografía" de la ciudad de Terni a través de entrevistas, trabajando justamente con la idea de "ucronía", de que hay hechos en la historia de una ciudad que quizás nunca existieron, pero que en tanto forman parte de la memoria de los que hablan y recuerdan, ellos también deben ocupar un lugar en el collage, en la yuxtaposición a través de la cual los historiadores culturales y urbanos tenemos que dar cuenta de la vida de esa ciudad. El problema es cómo trasladar a un relato eso que sería tan fácil para un arquitecto imaginarlo como un dibujo o un esquema en una tabla, cómo armar con eso una narración temporal e histórica.

Debo decir que la gente que se formó exclusivamente en historia no suele tener demasiadas preocupaciones teóricas; se le dice al estudiante: "hay que ir a los documentos", "hay que ir a las fuentes"; por lo general en nuestros países la formación histórica es fuertemente pragmática, no teoricista. Por el

contrario, como la ciudad no tiene un estatuto teórico estable o definido, como está afectada por una multitud de enfoques diversos de diversas disciplinas que de algún modo deben ser reunidos por el historiador, la historia cultural urbana debe enfrentarse permanentemente a una serie de dilemas teóricos, entre cuyos principales está sin duda este de cómo reunir morfología e historia. Por supuesto que no hay una respuesta o una solución establecida para eso, lo que genera un estado de ánimo, una inquietud permanente que obliga a quienes hacemos historia cultural urbana a estar muy atentos a los que dice gente como Choay –por eso sin duda ustedes la invitaron-, que ofrece un pensamiento teórico para abordar la ciudad. Al ser una perspectiva que no tiene la larguísima tradición de otros campos de la historia disciplinas, la historia cultural urbana no tiene los constructos metodológicos que ofrezcan un camino estable que reúna narrativamente todos esos fragmentos, toda esa yuxtaposición de dimensiones experienciales, materiales y figurativas implicadas en la ciudad. Nos lo tenemos que seguir preguntando todo el tiempo, por eso cada texto de historia de la ciudad no va a ser bueno si no es al mismo tiempo una reflexión acerca de cómo escribir la historia de la ciudad.

No digo que todo texto tenga que estar introducido con un capítulo metodológico, eso ese horrible, no es mi invitación. Lo que digo es que en la propia escritura debe haber una dimensión interrogativa, abierta a la experimentación respecto de cómo producir esa historia de la ciudad. En definitiva, creo que nuestra carencia es una virtud porque nos mantiene alertas a una dimensión teórica que en otras ramas de la historia no es tan necesaria, ni tan potente, y que yo creo que establece un plus muy interesante para la escritura histórica.

A.A.: Quisiera decir que la historia urbana es ante todo interdisciplinar, está en su composición por el tipo de objeto que aborda. Requiere poner en conjunción de la mejor manera posible todos esos legados, esas dotes que diferentes disciplinas van trayendo. Pero como se señala, hay un riesgo allí, que se pierda la ciudad. Así como hay un riesgo al hacer historia de ciudad demasiado apegada a la fábrica, al tejido, a la forma, también hay un riesgo que en medio de ese intercambio metodológico y discursivo se desdibuje la ciudad. No quisiera demeritar ningún trabajo, pero en ocasiones los estudios culturales proclaman abiertamente que son sobre la ciudad, sobre la modernización, trazándose objetivos muy ambiciosos, pero cuando se busca con cuidado aflora una pregunta ¿realmente dónde está la ciudad? Parece como que la ciudad se hubiera evaporado, se desdibujara y desapareciera en medio de un gran aparataje metodológico, seguramente muy rico en términos teóricos pero completamente descontextualizado y como urbanista debo decir que eso es alarmante.

Esto implica que se necesitan algunos límites, algunos umbrales. En los cursos de doctorado que he impartido, quizá sobre todo con los estudiantes que vienen de letras, con alguna frecuencia he visto cómo se trata de introducir figuras o imágenes conceptuales donde no caben, donde ni la ciudad ni el contexto lo permitía. Uno de esos casos fue la fijación que hubo con la imagen de la cava benjaminiana, la cual se quería introducir en cualquier análisis sobre la ciudad del siglo XIX en América Latina, casi como una obligación, sin siquiera tener en cuenta que las condiciones locales difícilmente permitirían, por ejemplo, hablar de bulevar. No me refiero a un nivel imaginario, de creación artística, donde este tipo de libertades no



sólo son toleradas sino celebradas, pero en el caso de la historia es diferente, porque hay que mantener cierta rigurosidad. De manera que en ocasiones la interdisciplinariedad tan presente en el estudio de la ciudad, que es fascinante y compleja, por momentos lleva a embriagarse con imágenes cuyo vínculo a los análisis no son afortunados.

Me gustaría añadir un comentario a un tema interesante que abordó Marixa sobre la monografía y el caso de estudio en relación con las conexiones y la posibilidad de establecer esas relaciones. Más allá de la posibilidad de establecer un vínculo que presupone imaginar un planteamiento metodológico y conceptual que permita la mirada transversal, considero que existe un aspecto adicional de la mayor importancia que es pensar en el lector, lo que implica no dar muchas cosas por supuestas, es decir, no dar por sentado que ya se sabe muchas cosas, que aún cuando es un discurso monográfico académico tenga la capacidad de conectar con otros públicos, que trascienda lo local.

Esto también hace parte de mi experiencia como profesor de Doctorado en Chile y Caracas, pero ocurre también en otros lugares, y es que al hacer la tesis en estos escenarios locales hay una propensión a abordar directamente el caso de estudio. El investigador se sumerge profundamente en su proyecto sin considerar que previo a la resolución de un aparato metodológico y conceptual, se debería tener en cuenta que narrativamente no se asuma que ya se sabe quién es quién en el contexto local, pues debe tenerse en cuenta que va a haber un lector foráneo. Inclusive un lector venezolano que aborda el caso colombiano ignora cantidad de referencias básicas, ya sea por problemas de erudición, de lectura básica o de tantos otros factores. No dar por sentado que el lector sabe qué es cada cosa

aunque suena muy básico, da la posibilidad de conseguir mucho en busca de esa conexión.

Creo que hacer una tesis fuera de tu propio contexto contribuye mucho a ese objetivo, en mi caso cuando estaba en Inglaterra sentía que era una pérdida de tiempo empezar un discurso hablando de quién es Guzmán; pues realmente importaba mucho decir quién era Guzmán pues no es un público Venezolano el que iba a estar allí, sino que era un público Inglés el que iba a leer, y ese público ignoraba muchas cosas de las que ocurría en estas latitudes, cosas que hubiese considerado no explicar si las escribía en Caracas. Esa es una de mis recomendaciones a los estudiantes en Chile sobre la escritura de la tesis, no dar por supuesto tantas cosas que te van a limitar la conectividad, incluso si lo considera muy básico.

A.G.: Como dijimos que habíamos venido a discutir, entonces voy a exagerar un poco mi reacción a lo que dice Arturo para que se ponga más interesante: yo no estoy en absoluto de acuerdo con eso. Si bien es una necesidad de la globalización académica, me parece que esa perspectiva reduce la creatividad en los trabajos, impide pensar en las transformaciones estructurales de nuestras narrativas y de nuestra cultura historiográfica, porque nos obliga siempre a escribir pensando en que se lo debemos explicar a uno que no sabe nada ¿Para qué? Que aprenda, que vaya a Wikipedia. Si en Wikipedia ahora está todo. No podemos poner detrás de cada nombre que mencionamos en nuestros trabajos la cita de quién fue, que lo busquen en Wikipedia. Está muy bien hacer la experiencia de doctorado afuera, es una experiencia absolutamente extraordinaria en términos personales para quienes la hacen, pero en términos más generales la verdad es que muy pocos de ellos pasan la prueba de producir tesis igualmente productivas para su país de origen.

He sido revisor de muchas tesis hechas afuera que decían cosas que para el medio local serían banalidades absolutas, quizás porque no encontraron ningún interlocutor donde hicieron su tesis que fuese capaz de decir: "no mirá, leé esto, arranca por otro lado, discutí con estas otras fuentes, pensá mejor". Especialmente en Inglaterra y en otros ámbitos europeos donde no hay un campo de estudios urbanos latinoamericanos muy desarrollado. No estoy desvalorizando la realización de doctorados afuera, porque sin duda es una experiencia que vale la pena, pero creo que la persona que pasa la prueba y lo hace bien es porque ha mantenido vínculos muy fuertes de interlocución con sus medios locales y porque no está todo el tiempo pensando en cómo tiene que escribir para que lo entiendan los de afuera, sino porque está pensando cómo tiene que escribir para dar un pequeño paso, quizás muy pequeño, pero un paso al fin para aportar nuevos conocimientos al campo que estudia.

Hay un conflicto muy difícil que la globalización académica pone delante de nuestros ojos de un modo trágico, esto es, profundizar el conocimiento de lo que estamos estudiando o escribir para que nos entiendan en la estratósfera. Y esto también tiene que ver con cómo funcionan los Journals internacionales. Es un dilema trágico y problemático que cada uno superará con sus recursos pero que no puede desproblematizarse, darse como resuelto por adelantado diciendo "si uno estudia afuera tiene que escribir para que otros lo entiendan". Porque además surge una pregunta ¿cómo vamos a hacer para que ello sea productivo? Yo trabajo en historia intelectual, en historia cultural y de las ideas, si para avanzar algo tengo que explicarle a un lector potencial quién fue Sarmiento, cuando en realidad me interesa escribir sobre cuáles eran las ideas de Sarmiento,

pues he perdido medio artículo y ya no puedo entonces avanzar en lo que en mi contexto ya se sabe sobre esta figura. El riesgo en este caso sería quedar convertido en un divulgador extra argentino de la cultura argentina.

Existe un reto, por supuesto, y aquí viene el punto en el que de seguro nos acercamos, el desafío es encontrar los puentes, los lineamientos que permitan hacer simultáneamente un trabajo muy denso hacia la cultura de origen del trabajo - que no necesariamente tiene que ser sobre la propia cultura nacional, en absoluto, no estoy sosteniendo eso: muchos de nosotros hemos trabajado países diferentes del que nacimos o en el que vivimos; yo mismo he trabajado sobre Brasilia, por ejemplo- y hacia los debates globales. En otras palabras, el esfuerzo debe hacerse por hallar los vínculos de un trabajo en profundidad desarrollado en un medio de especialistas y lo que se puede traducir, el problema es a quién le traducimos. Nosotros siempre estamos traduciendo para públicos no especializados; por ejemplo, si escribimos historia cultural urbana estamos traduciendo cuestiones específicas del conocimiento de la ciudad a otros campos de la cultura; pero la dificultad en el planteo de hacernos entender afuera es que entonces tenemos que traducir todas las dimensiones del trabajo, y al hacerlo nos quedamos con un simple producto de divulgación. Si el esfuerzo se concentra en traducir la historia urbana a los públicos intelectuales que no saben de historia urbana, y al mismo tiempo la historia local a los públicos que no saben de lo local, en definitiva nuestro trabajo se convierte en una suerte de cascara divulgativa. Desde mi punto de vista esto es un drama contemporáneo, no lo podemos resolver ya y tampoco cada uno tiene que resolverlo, pero no puede plantearse como una receta, sino como un problema.



M.L.: Me gustaría decir algo al respecto, creo que es una disyuntiva falsa el enfrentamiento afuera o adentro, porque pareciera asumirse que lo que estudiamos, que las personas que vivieron el periodo que nos interesa no hubieran tenido ese mismo “dilema”. En una investigación previa que realicé, la cual era en una ciudad pero no era historia urbana, me implicó pasar un año y medio en archivos sobre esa ciudad y otro tanto haciendo análisis, luego de eso ya no es un trabajo de divulgación, es un trabajo profundo sobre un escenario local, que está contribuyendo a conocer ese escenario y que además está sustentado o precedido por algo que inspira y que ánima. Pero vuelvo al punto, la gente de ese momento no solo miraba su ciudad, ellos también estaban mirando el mundo entero y tal vez es eso a lo que me refiero, de que todo está organizado en un contexto más amplio y que mantener un enfoque más abarcador nos permite conversar sin necesidad de quedar reducido a un ejercicio divulgativo, de ahí que la disyuntiva planteada sea falsa.

Si se habla de un artesano en Cartagena a principios del siglo XIX, él sabía lo que estaba pasando en el resto del mundo también. Los periódicos locales de la época publicaban mucho de lo que ocurría en Filadelfia, en París, en Buenos Aires y eso de algún modo influenciaba o impactaba la realidad de quienes vivían y habitaban un lugar y un momento determinado. Es a ese escenario local reinterpretado, es a esa realidad a la que se tiene que voltear la mirada para encontrar la conexiones de las que hemos estado hablando. Era eso a lo que me refería, que a veces puede perderse cuando uno se concentra mucho en lo local.

A.G.: Pero es que no es una discusión entre lo local y global, el tema involucra más asuntos, como por ejemplo las agendas historiográficas

presentes allí. Siempre es posible encontrar una relación entre lo de aquí y lo de allá, por supuesto, y en la historia que hacemos esa dimensión transnacional es completamente fundamental, porque ninguna ciudad se puede comprender sin un diálogo con las otras; pero ese no es el problema, lo que ocurre es que muchas veces cuando el que escribe afuera no mantiene un vínculo fuerte con su lugar se deja transportar livianamente, sin ninguna resistencia, por agendas historiográficas que se preguntan cosas que tienen sentido en el lugar donde se hace la pregunta, pero muy poco sentido para el escenario local. Me explico con un caso específico, la agenda Latinoamericana de la academia en los Estados Unidos es dramática; claro, es importantísima para ellos, allá además tiene un componente progresista muy importante y de hecho todo el tiempo luchan por conseguir más espacio para los temas latinoamericanos, pero cuando se hace la pregunta específica por las agendas, pues puede constatarse que se hace una traslación absurda entre la problemática de la sociedad norteamericana y la sociedad latinoamericana. Es el caso de los estudios poscoloniales, por ejemplo, y tantos otros enfoques cuyos principios resultan muy complicados traer al contexto latinoamericano, no se puede hacer sin forzaduras y da como resultado unos productos con conclusiones absolutamente cuestionables. Por lo tanto, cuando no hay una resistencia fuerte, que solo puede venir de una interlocución muy rica con el lugar de origen, fácilmente se deja uno trasladar, se termina escribiendo para esas agendas dentro de ese sistema y a mi juicio es probable que se terminen diciendo cosas poco interesantes.

C.C.: Me parece un desacierto establecer una generalización de esas dimensiones. Efectivamente existen investigaciones que

se dejan deslumbrar por esas agendas que mencionas y el resultado es que el objetivo se desdibuja. En mi opinión, ello puede ocurrir en campos como los estudios culturales. No quiero quitarle valor a este tipo de enfoques, pero debe decirse que la abstracción y el énfasis teórico de muchos de los trabajos suscritos a estas corrientes hace que el objeto se pierda en medio de tanta información. Comparto con Marixa que el tiempo que uno pasa en los archivos, así como dialogando con las personas que están en la ciudad, que estudian los entornos urbanos para luego establecer una interlocución con un grupo de académicos en el exterior, está lejos de quitarle solidez a la investigación de hecho las fortalece, y eso no implica un divorcio con las discusiones locales, es más, pueden estar muy influidas por ellas.

No porque haya casos de malas investigaciones, que de seguro las hay, habría que lanzar una generalización sobre lo realizado por fuera. Hay trabajos que son muy rigurosos en lo local que al tiempo dialogan permanentemente con investigadores que han hecho su trabajo en otros lugares. Es necesario hacer un balance más generoso con algunas de las investigaciones realizadas por académicos afuera, ya sea porque mantienen un diálogo constante y un vínculo muy fuerte con quienes proponen discusiones desde sus lugares de origen, o porque muchos de los que estudian por fuera enseñan acá, en fin porque no estamos incomunicados y hoy estar al tanto de lo que se produce en otros escenarios es sinceramente muy fácil.

Pregunta del público: A mi me interesa señalar una cuestión que ha estado presente en estos días y es la noción de *cambio*, que está profundamente relacionado con la historia. La tuvimos a lo largo de todo el encuentro y en

cierta forma hubo problemas con ella, pues dependiendo de cómo se conceptualice así mismo aparecerán una serie de aspectos que habría que considerar. Quisiera que se aprovechara estos últimos minutos para hablar de este problema.

A.G.: Acá hay una palabra que casi no hemos usado, pero que cuando hablamos de la ciudad del siglo XIX y XX es absolutamente inevitable usar, más allá de su polisemia, más allá de toda la dificultad que implica su uso, esa palabra es modernidad o modernismo, o modernización, que justamente implica, como lo han demostrado todos los trabajos que han teorizado sobre modernidad, la sensación de vivir en un tiempo presente que está continuamente en movimiento y transformación. La importancia de ello es quizá que la ciudad es el producto social por antonomasia donde eso se experimenta, y que nos enfrenta definitivamente a la experiencia del tiempo.

Hace un tiempo Beatriz Sarlo lanzó una idea que en su momento fue muy relevante pero ahora se encuentra totalmente desvirtuada y resulta insuficiente, a través de la noción de *modernidad periférica*. La razón de esa insuficiencia radicaba en que hablar de modernidad periférica supone implícitamente que hay una modernidad central, mientras que cuando se estudian rigurosamente las modernidades de cualquier parte se constata que no hay ninguna experiencia central de la modernidad, que en todas partes se vivieron experiencias divergentes y que hay muchos centros así como hay muchas periferias dependiendo el tema que se enfoque. De manera que me gustaría pensar que por estar en el margen de lo que fueron algunos de esos procesos originarios, podemos tener más libertad para proponer estilos de modernidades que permita hablar de modernidad sin adjetivar.



Para ello, creo que podría proponerse en términos analíticos una suerte de dos polos extremos de este tipo de experiencia: por un lado, un polo en que la modernización, es decir, los procesos estructurales de cambio, ocurren casi sin obstáculo, y por otro lado, un polo caracterizado por la experiencia del modernismo, es decir, experiencias culturales que se proponen el control de la modernización. La representación por antonomasia del polo modernizador son los Estados Unidos de América, y recordarán ustedes la extraordinaria y aguda frase de Levi Strauss en *Tristes Trópicos* al referirse a las ciudades americanas, dice él: Sao Paulo, Chicago y Nueva York son ciudades “que pasan de la lozanía a la decrepitud sin haber sido nunca antiguas”, pues son ciudades modernas de verdad, radicalmente modernas, allí todo se tiene que estar renovando permanentemente porque la modernidad más reciente tarda muy poco en envejecer, y así no hay tiempo para que nada se vuelva antiguo.

Y eso contrasta con la modernidad europea, el polo modernista por excelencia, pongamos el caso clásico de París. ¿Qué caracteriza a París, la capital del siglo XIX? La respuesta es clara: un control extraordinario de las fuerzas de la modernización. El proyecto de Haussmann fue exitoso en “poner en caja” a la modernización, darle fachadas continuas academicistas a los bulevares que se abrían como escenarios novedosísimos para la expansión más pura del mercado, crear una ciudad radicalmente nueva donde el monumento antiguo es un detalle, y sin embargo tan capaz de contagiar simbólicamente al conjunto con la idea de antigüedad que Levi Strauss puede seguir considerando que se parece más a una ciudad antigua que a una ciudad moderna. Estos dos escenarios, París y Nueva York, muestran que hay un tipo

de modernismo cuyo suceso es que logra controlar la modernización, y hay otro que se caracteriza por dejar desenvolver una modernización pura.

Frente a ese esquema polar (y, por supuesto, fuertemente estilizado para una mejor comprensión analítica) podría decirse que las ciudades latinoamericanas están en algún punto intermedio: hay momentos en que las operaciones modernistas logran controlar algo de la modernización, por ejemplo, nuestras elites culturales a lo largo de los siglos XIX y XX tienen la ambición europea de una modernidad capaz de controlar la modernización, a la que se percibe como el leviatán norteamericano, pero no siempre lo lograron, porque no tenían la tradición jurídica, o les faltaban herramientas como las leyes de expropiación al estilo de Haussmann, o porque no tenían los monumentos, etc. En esa tragedia del deseo de una modernidad capaz de controlar la modernización frente a la imposibilidad de cumplir con sus requisitos, se mueven nuestras modernidades. Que no son ni más ni menos periféricas, sino que simplemente se ubican en un punto intermedio entre la modernización pura y el modernismo capaz de controlarlo. En esos puntos intermedios están no solo Buenos Aires, Bogotá o Caracas, sino que también están Viena, Roma, Budapest, Madrid o Barcelona (y todas las ciudades reales, podríamos decir, ya que esos polos modernista y modernizador por excelencia –París y Nueva York– funcionan como tipos ideales).

Si uno piensa que la ciudad moderna por excelencia del siglo XIX fue París, cuya modernidad es absolutamente distinta de la que se puede encontrar en la ciudad moderna por excelencia del siglo XX, que es Nueva York, no puede menos que preguntarse: ¿cuál de las dos es más moderna? ¿Es más moderna

la ciudad de París que logra "poner en caja" la modernización a través de reglamentos fuer-tísimos, fachadas continuas, bulevares, etc., en una suerte de diseño barroco que recrea una idea de "ciudad antigua"? ¿Y es menos moderna, Nueva York que desata una experiencia basada en una grilla flexible capaz de avalar y permitir una modernización que va marcando ella misma su formato? No se puede decir que una es más o menos moderna que la otra, ni se puede afirmar que una sea más o menos central que la otra. Frente a esos dos extremos, puestos aquí maniqueamente, insisto, como tipos ideales, todos los demás nos ubicamos en algún punto intermedio entre la modernización imparable, imposible de detener porque es mundial y porque Latinoamérica pertenece a Occidente desde su creación, y el modernismo que busca controlarla. Y la caracterización que hagamos entonces de esas ciudades no dependerán más de su mayor o menor cercanía a algún centro –no será por ende derivativa-, sino que surgirá de una evaluación específica del estado de las fuerzas del modernismo y la modernización en cada caso.

A.A.: El tema de cambio está en el proceso de urbanización, que implica transformaciones demográficas, de ocupación territorial, de la forma urbana, pero también cambio de actitudes y de valores, todo dentro de la órbita de la historia urbana.

A partir de los años sesenta y setenta en principalmente en Inglaterra y en menor medida en los Estados Unidos los historiadores económicos urbanos introducen el concepto de proceso, una categoría que a la postre la *urban history* finalmente acoge. El proceso buscaba superar la visión de un análisis urbano y económico que parecía una foto fija, una instantánea o una estructura estática, para in-

troducir una interpretación más dinámica que permitiera interpretar los cambios urbanos a lo largo del tiempo.

Esa idea de proceso nos remite también a la noción de umbral, que tiene que ver con ese momento crítico en el que se puede dar cuenta de un cambio significativo de la estructura urbana. Por ejemplo, sobre la categoría de ciudad poscolonial vale la pena preguntarse ¿en qué momento se puede comenzar a hablar de ella? ¿en qué momento el espacio genera o sufre alteraciones que permiten ver plasmado una nueva estructura de funcionamiento, de uso o de propiedad de la tierra? Los umbrales se refieren a la posibilidad de identificar en qué estadio estamos en un momento u otro, contribuyen a definir un *episodio*, el cual, valga decirlo, es un camino alternativo en términos metodológicos para tratar estos temas relacionados con el cambio en las ciudades, porque toman un momento en el cual la transformación fue muy significativa.

El caso de Caracas a finales del siglo XIX puede servirnos de excusa para ejemplificar lo que vengo comentando. El Guzmán no fue un simple episodio político proyectado sobre la ciudad, sino que hubo un cambio significativo dentro de la escala urbana de finales del siglo XIX que permitió que el damero urbano cambiara, entre otras cosas porque recibió un acento inédito, recibió nuevas formas, nuevos estilos, nuevas densidades pero también nuevas funciones. El episodio es significativo porque coincide con la llegada de Guzmán al poder pero está relacionado con otros factores de igual significancia.

Menciono la relevancia de los *episodios* porque nos permite cuestionar hasta qué punto son posibles en la actualidad aquellas grandes historias de periodos larguísimo, cuál es la oportunidad de esa historia



de grandes narrativas actualmente; mi intuición es que son excesivamente difíciles. Para poder entender los procesos, es legítimo el registro de cambios a través de grandes episodios, pienso por ejemplo en el libro *Flesh and Stone* de Richard Sennett, él reconoce que lo que está haciendo es una obra cuya estructura es episódica, porque ese gran ciclo es muy difícil de recorrer en su totalidad a través del detalle.

Ahora bien, esos episodios tienen que estar muy bien distinguidos y remiten a la reflexión sobre cómo identificar el momento en que los cambios se tornan realmente significativos, pero ese es un tema que excede por mucho el tiempo que nos queda.

M.L.: Yo quisiera hacer una última pregunta a Adrián sobre el impacto que tiene la sensación de ser periferia, de eso que alguna vez alguien llamó -muy acertadamente- la sensación de estar siempre tarde ¿qué impacto tiene esa sensación, aunque sea falsa, en como construimos y en como evoluciona la ciudad?

A.G.: La sensación no es en absoluto falsa, no puede serlo: no hay representaciones falsas. Es una representación verdadera de una situación cultural central para el análisis histórico, ya que quienes la viven sienten llegar tarde y esa percepción tiene un impacto impresionante en lo que dicen y en lo que hacen, y en cómo viven la ciudad y la transforman. Habría que decir en primer lugar que no es solo latinoamericana esa percepción, y podríamos examinar la cultura rusa para darnos cuenta lo que significa su conflicto con Europa, sólo por mencionar un caso típico. Pero además tiene que ver con la modernidad en sí misma, pues ella genera la sensación de que vivimos un tiempo siempre presente, siempre fugaz,

y que no podemos perder el tren porque hay alguien que ya lo tomó antes. Napoleón III llega a París de su exilio en Londres y le dice a Haussmann: hágame un parque como el Hyde Park con serpentina y todo. Lo que no implica que la obra de Haussmann sea una imitación de Londres. Pero Napoleón III tenía evidentemente esa sensación de que Londres se le había adelantado: todas las ciudades se estaban mirando, y la sensación que tenían los europeos continentales a mediados del siglo XIX es que Inglaterra les había ganado la carrera y que ellos mismos llegaban tarde. Las regiones europeas que consolidan tarde su nacionalidad, como Italia y Alemania, tienen todavía más grandes problemas porque deben consolidar una nacionalidad que al mismo tiempo cumpla con las tareas de la industrialización que eran ya palpables en Inglaterra y Francia.

No es un problema solamente latinoamericano es un problema propio de la modernidad. Somos modernos porque creemos que somos periféricos y que estamos llegando tarde, pero justamente es nuestra pertenencia a la modernidad lo que nos hace participar de la misma línea con el resto del mundo. Habría que ver eso sí cómo en cada lugar tal sensación produce efectos específicos, cómo se asume particularmente. El trabajo que hace Roberto Schwarz sobre Machado de Assís ("Las ideas fuera de lugar"), aborda el modo en que la cultura brasileña esclavista y al tiempo liberal, resuelve concretamente ese sentimiento de estar fuera de lugar y estar desenfocado de su tiempo. La invitación debe ser a que nuestros estudios repongan esa dimensión, pues ella es la que da especificidad sobre lo que ocurre en cada uno de estos lugares dentro de esta gran modernidad general.